

M^a DEL CARMEN DEL MOLINO Y NÚÑEZ

Momentos mágicos



éride ediciones

En el metro y la moneda

Hoy es un día normal, como otro cualquiera, incluso, si se me apura, diría que, quizás, un poco fastidioso de entrada.

He tenido que cambiarme de ropa, volviendo de la calle a casa, recién salida de ella.

Inicialmente lucía el sol, ese sol primaveral y luminoso, casi rojizo, que empieza a calentar el ambiente. Me he arriesgado a ponerme un traje de chaqueta, a tono con la estación, confiando y deseando el buen tiempo, aunque todavía está reciente el invierno y no me vendría mal llevar aún el abrigo.

He puesto la radio para oír las noticias de la mañana, más que nada por ver cómo anda la cosa por esos mundos de Dios, que bastante «achuchadita» la ponen, no está de más el decirlo.

No sé si todos se han puesto de acuerdo, pero sólo oigo noticias malas:

Un terremoto de más de seis grados se ha producido, allá por los confines del mundo, aunque ahora, por la globalización, todo queda más cerca y, aunque antes eran desconocidos esos parajes, ahora al menos, sabemos sus nombres.

Un asesinato de violación de género ¡Dios nos libre! Están perdiendo los principios y la fe en la otra persona. Pero, ¿qué pasa?, ¿no se casan para lo bueno y lo malo? Y, a la primera de cambio ¡zas!, ¿estorban? Por Dios que hay valores que mantener y convicciones morales. Y no me meto en religiones, pero aún así ¿es que no hay respeto a las personas, ni fidelidad, ni corazón?, ¿o somos animales?... ¡pobrecita víctima!...

¿ya estamos haciendo todo lo posible por solucionarlo?... ¡qué ejemplo vamos a dar a la sociedad venidera de nuestros hijos si no sabemos cumplir como esposos ni como padres!... ¡Dios nos proteja!

Otra noticia: Se ha desarticulado una banda organizada que traficaba... ¡Vaya Ud. a saber!... ¡Dios nos coja confesados!

Una curiosidad, pero no por ello menos relevante: Unos estudiantes se han quedado sin «cotillón» de Nochevieja porque la empresa que lo organizaba se ha cerrado. Prácticamente les ha dado «con la puerta en las narices», pero... ¿cómo puede pasar eso?, seguía diciendo la noticia que habían comprado las entradas por «internet», a través de una agencia mediadora y por lo visto, debía de haber connivencia de algún empleado. Lo cierto es que... ¡adiós Año Viejo!, mira cómo, y ¡las campanadas y las uvas?... ¡un desastre!

Oyendo esto y más, me he entretenido un poco y cuando he salido a la calle, una nube oscurecía el sol.

Al principio han sido gotitas pequeñas ¡bah!, sin importancia, y he seguido adelante ¡ya pasará!

Pero luego, ha arreciado la lluvia haciéndose fuerte y pertinaz, incluso molesta, he tenido que subir a casa de vuelta, rápidamente, a cambiarme de ropa.

¡Adiós al trajecito de chaqueta con zapatitos de tacón, de corte primaveral! Ahora gabardina, pantalones y el paraguas ¡cómo no!, prepararse para lo peor, así todo serían ventajas. Un tiempo impredecible, loco, loco y eso que ya había pasado Febrero que, como suele decirse, tiene la exclusiva de los cambios repentinos de tiempo del calor al frío, y del frío al calor, augurando la primavera, pero aún en invierno... febrerillo loco.

Por fin he subido al metro, con más de media hora de retraso sobre mi horario pero, eso sí, resguardada del tiempo.

Además, hoy a esa hora no había tanto público. El «boom» inicial de las primeras horas de la mañana se había reducido. A esas horas se va mejor, sin tantas aglomeraciones, y parece que el paisaje que se ve a través de la ventanilla es más bonito porque ha amanecido del todo.

Yendo desde la costa hacia la capital, aunque llueve, reluce más el verde de los campos tras un tiempo anterior soleado, aunque haya sido, pocas horas antes, iluminado por el sol. Y el ambiente es más puro sin tanta contaminación. El agua de la lluvia limpia de polvo la atmósfera. Cuando escampe se podrá andar mejor por la calle, mientras tanto aún estoy dentro del metro, camino de Sopelana hacia Bilbao.

Observo a mi alrededor: una chica sentada enfrente, lee absorta un libro en el asiento, parece una novela, lo supongo, casi lo sé, más que nada por su cara al pasar las páginas y por lo gordo de su ejemplar.

¡Tardará, lo menos, otros diez viajes en leerla!... Ya tiene entretenimiento.

Un poco más lejos, de espaldas, veo a alguien a quien no acabo de distinguir si es hombre o mujer, sentado con el pelo alborotado y cardado, al estilo de los años sesenta. Un pelo color tabaco con algunas ondas entre las orejas y la nuca ¿ha vuelto el etilo del rock-and-roll? No creo, pero lo parece.

Solo se ve su pelo por la parte de la nuca. A su lado alguien con capucha blanca, cubre su cabeza, recién entrado del andén al interior del metro, sin tiempo aún de bajársela, con una mochila a la espalda aún sin dejar en el suelo, sentándose rápidamente antes de que el vehículo férreo se vuelva a poner de nuevo en marcha. Jugando a adivinar, no voy a pensar en algo malo, pero... ¡cuidado!, no vaya a ser que sea... ¿qué?

Para cuando me quiero dar cuenta, se bajan las dos personas en la tercera estación siguiente, a escasos quince minutos de su entrada en el interior del vagón. Entonces se ve

claramente, a través del cristal de la ventanilla que tengo a mi izquierda, que el del pelo alborotado no era chica, sino chico. Además, de facciones chinas, con ojos rasgados ¿y el de la capucha?

Jugando a adivinar no hubiera podido saberlo nunca, pero ha resultado ser chico, que va abrigado en exceso, calado hasta los huesos por la lluvia y la desazón del tiempo.

Sale una señora, aún con ropa de entretiem po, y con las prisas, se le engancha un tacón en el final de la estación. Aún no se ha puesto en marcha el metro y lo vemos todos. Tira del zapato para sacarlo, pero no puede porque se le ha metido en la ranura del borde de un peldaño de la escalera por la que se sube a la plataforma para coger el ascensor que le llevará a la superficie.

Por fin opta por «dejarse de músicas» y saca el pie del zapato, libre ya de embarazos, se agacha y con la mano derecha tira del zapato hacia arriba sacándolo del obstáculo, pero... el tacón ha quedado trabado y tiene que dejarlo dentro. No sale.

A trancas y barrancas sube hasta el ascensor, llamando por el móvil. No vemos más. El metro se vuelve a poner en marcha.

La lectora de la, seguramente, novela está tan concentrada en la lectura que no se percata de algo que ocurre con la pasajera que se encuentra a su lado. Ésta se pone a resoplar y balbucear algo ininteligible.

Es una chica joven de no más de veinticinco años, espi gada, de tez trigueña, ojos negros y melena corta recogida en parte por el lado derecho de la cara, por un pasador de hueso en forma de mariposa. Luce una cabellera negra azabache, brillante y sedosa, llena de vida. Por su aspecto se diría que está en la plenitud. Pero..., parece que se encuentra mal o, al menos, no bien del todo en ese instante.

—¿Le pasa a Ud. algo? —le pregunto suavemente girando mi hombro izquierdo para mirarle mientras hablo.

Observo, entonces, que está embarazada, sopla y resopla constantemente, dándose un poco de aire con un pañuelo que ha sacado, oportunamente, del bolsillo de su chaquetón.

No me contesta. Al cabo de varios segundos me pide paso, haciendo una señal con la mano derecha, con gesto de levantarse ¿querrá bajarse del metro? Por altavoz anuncian, a los pasajeros del interior del vagón, la próxima parada: San Mamés.

Me levanto con ademán de dejarle paso, y la sigo detrás, mientras se abre la puerta del metro.

Hay varias personas que van a bajarse también y se forma un pequeño túmulo o, más bien, la aglomeración natural entre los que intentan bajar y los que, dentro sin asiento en la plataforma, les dejan abrirse camino para alcanzar la puerta.

Por un momento pienso bajar detrás de ella, por si puedo ayudarla en algo, pero todo sucede tan rápido que, para cuando me he dado cuenta, ha salido ya seguida de otros viajeros que también se bajaban en dicha estación de la zona céntrica bilbaína, próxima al estadio de fútbol.

Se me han cerrado las puertas y no he podido hacer nada. Observo a través de los cristales que se ha tumbado sobre un banco que había en el andén y ha pulsado algo existente en la pared ¿sería un timbre de auxilio? No me da tiempo a verlo porque el metro se pone rápidamente en marcha de nuevo.

Me recrimino a mí misma de no haber salido rápida con ella para ayudarla, aunque fuera o hubiera sido, teniendo que dar codazos a los que bajaban presurosos a la vez, pero... discurso.

En unos segundos, que no llegará a un minuto, viene la próxima parada: Indautxu. Pero aunque no lo fuera, me bajaría igualmente para dar parte.

Me coloco, con antelación, justo delante de la puerta, más bien porque desde la anterior parada no me había vuelto a sentar y sigo de pie, sujetándome en la barra vertical de la plataforma para no perder tiempo, y... me bajo la primera.

Ando a toda velocidad y acudo a la ventanilla del andén, tras subir prácticamente «a galope tendido» las escaleras que la separan del punto de salida, ¡menos mal!, hay alguien en ella en ese momento: Seguridad.

Le comunico que una chica embarazada se ha indispuerto y ha bajado, de urgencia, en la anterior estación de San Mamés.

Le aclaro a los de seguridad que se ha tendido sobre el banco que allí había, quedando prácticamente tumbada y resoplando.

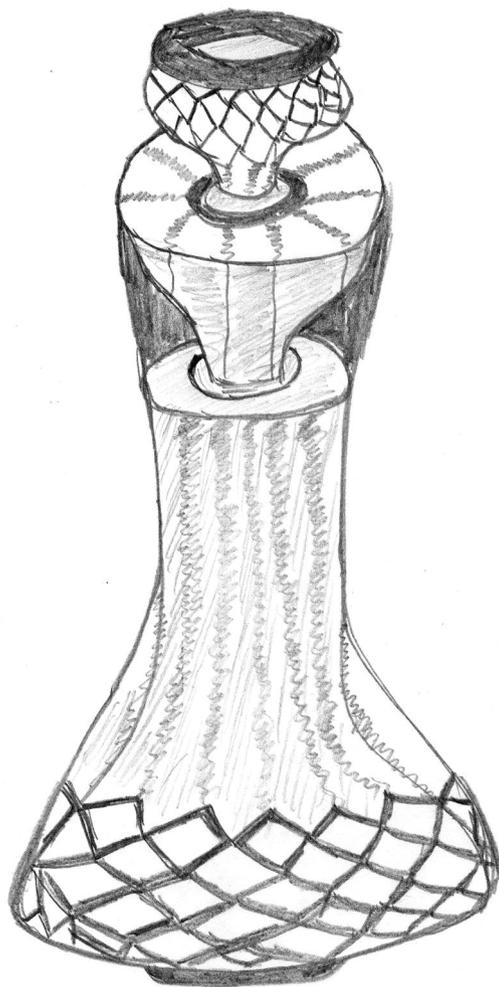
Me atienden amablemente diciéndome: —No se preocupe, ahora mismo llamo a mi compañero de esa estación para que cuide de que la atiendan. Puede irse tranquila.

No sin advertirle de que su embarazo parece avanzado y transmitirle mi miedo a que le pase algo si no acuden a tiempo en su ayuda, me voy a hacer mis gestiones ¡por lo menos algo he podido hacer!

A la vuelta, a mediodía, pongo la radio local a ver si dicen algo de esa noticia. Nada. Silencio al respecto, no ha debido ocurrirle nada ¡Gracias a Dios!

No pude hacer otra cosa pero, al menos, me molesté. Y no vi que nadie lo hiciera ¡qué mundo éste, tan cruel y tan tirano! Corazón de hielo.

Al día siguiente, cuando volví de nuevo a Bilbao, lo comente con un gestor bancario cuando hacía con él una operación financiera. Me indicó que algo parecido le ocurrió a su esposa cuando siendo «primeriza», le quedaban unos tres meses de embarazo para dar a luz. Dijo que esos resoplidos eran normales y una vez tendida, se le pasaron en diez minutos, y añadió, bajando la voz, como contándome un secreto:



Título: El frasco de los aromas
Autora: *María del Camen del Molino y Núñez*

—¡Y sabe Ud.!, nadie movió un dedo para ayudarla. Todos iban con prisa a hacer «lo suyo» y «como quien oye llover» pasaban a su lado sin sorprenderse, como si nada ocurriera.

Yo reflexioné en alto:

—Si todos vamos «a lo nuestro» no debemos olvidarnos de los demás, porque si en el camino ocurriera algo imprevisto, con lo que no contáramos, pregunto: ¿ya estamos preparados para atajarlo o dar parte para que los expertos lo hagan? Al menos un movimiento «en pro» no estaría de más, creo yo. La humanidad se mide por nuestros actos, no solo por el pensamiento y teorías aprendidas en abstracto que no llevan a nada si no se ponen en práctica, porque como dice el dicho castizo: Obras son amores y no buenas razones.

Eso me recordó un acontecimiento ocurrido años antes cuando aún circulaba como moneda oficial la peseta, es decir, hacia el año 1.999. Un día que fui a Bilbao para hacer unas gestiones, como ese día y regrese a casa.

Había llevado alguna de las monedas de la colección que tenía la abuela, para enseñárselas a la tía y me entretuve antes, en matricularme en un cursillo especial que había en la Universidad de Deusto, sobre el mundo de las finanzas para Licenciados.

Todo me iba saliendo «como la seda», volvía a casa pues estaba de semi-vacaciones en el pueblito costero de Sopelana, que dista por metro una escasa media hora pues el transporte está muy bien organizado. El metro existía desde 1995 y este año, 2015, ha cumplido veinte años de existencia.

Pues bien, recién llegada de vuelta ordené mis cosas y, ¡ay!, me faltaba una moneda de la colección.

Busqué, busqué, rebobiné, rebobiné mis andanzas y ¡nada!, ni encontraba ni podía adivinar dónde hubiera podido dejarla o ¿se me había traspapelado con algo? ¡Con el cuidado con

que la tenía guardada en la colección! ¿Dónde podría estar? No podía adivinarlo.

No pasaron ni veinticuatro horas, a la mañana siguiente, a primera hora, recibí una llamada telefónica:

—Le llamamos desde la Secretaría de la Universidad de Deusto, ¿a que no adivina?, es para que pase a recoger un objeto que será muypreciado para Ud. y que ha perdido sin darse cuenta. Se lo vamos a devolver.

—Pues ¿de qué se trata?

—Ud. tiene una colección numismática o algo por el estilo, ¿no?

—Si, bueno, es de mi abuela, pero si, si, precisamente llevé unas monedas ayer de Bilbao para enseñar a mi familia, al volver a casa, me faltaba una.

—¿No será alguna de plata?

—Si, precisamente, un duro de plata. Pero ¿cómo lo saben Uds.?

—Pues no es por nada malo, no se preocupe, es que en el arqueo hemos encontrado una moneda diferente por el tamaño y grosor se parece a las de cien pesetas de plata, y por eso, inicialmente, se computó como una de ellas sin advertir que el radio de la circunferencia era un poco más grande, mayor, pero sin mucha diferencia. A primera vista pasaba, pero no.

—Y ¿por qué me han llamado a mi?, no me lo explico.

—Sencillamente, porque Ud. es la única que realizó el pago del cursillo en metálico y eso era lo único que se ventilaba en Secretaría ayer, los demás lo hicieron con tarjeta o cheque.

Su voz era queda, bien templada y, según se introducía en mi oído a través del teléfono, iba alegrándome el espíritu. Seguramente con tanto ajeteo aquel día la dejaría por error.

Y seguía la voz:

—Lo extraño es que Ud. no se haya percatado de dónde la perdió, quizás la daba por perdida. Por deducción lógica la

hemos relacionado con Ud. Pátese cuanto antes, con urgencia, para que se la devolvamos a cambio de las cien pesetas por las que se confundió al pagar la matrícula. Se le debió traspapelar en el monedero ¡Menos mal que nadie se ha dado cuenta de su valor, que excede de las cien pesetas en mucho, por las que se cambió ignorándolo! De otro modo se la hubiesen quedado reponiendo en caja ese importe y Ud. no se hubiera enterado nunca. Ya ve que somos formales.

—Si, ya veo y mil gracias. Ahí estaré hoy mismo antes de las dos de la tarde. Ese duro de plata es una moneda de gran circunferencia, del año 1.888, tiempo de la regencia de María Cristina y tiene la efigie de Alfonso XIII de niño en el anverso grabada. ¡Vaya disgusto si no la hubiera recuperado!

Por chiripa lo hice. Por eso ahora, de vez en cuando, suelo mirar la colección de monedas que nos dejó la abuela ¡por si falta alguna!

La magia del «buen hacer» me la devolvió. Cuando la tuve de nuevo en la mano sentí una emoción especial por un instante.